

GREEN, Alfred E.



La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm. 25
6 METRO-GOLDWYN-MAYER
:: y FIRST NATIONAL :: Cénts.

Ediciones BISTAGNE. - Vía Layetana, 12. - Barcelona

La Cenicienta en Hollywood

(ELLA CINDERS, 1926)

Sugestivo asunto, interpretado por
COLLEEN MOORE, VERA LEWIS,
EMILY GERDES, DORIS BAKER,
LLOYD HUGHES, etc.

Producción FIRST NATIONAL

DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona



La Cenicienta en Hollywood

Argumento de la película

Era, Roseville, una pequeña ciudad en el estado de Illinois, célebre por sus cajas registradoras, sus Fords y otros artículos.

Entre sus muros albergaba a la familia Cinders, compuesta de una viuda, sus dos hijas y una hijastra.

La hijastra se llamaba Elsa. Era hija del segundo marido de la señora Cinders y continuaba en aquella casa la eterna tradición de la Cenicienta.

La señora Cinders había estado casada dos veces. Y sus dos maridos habían dejado este mundo absolutamente convencidos de que pasaban a mejor vida.

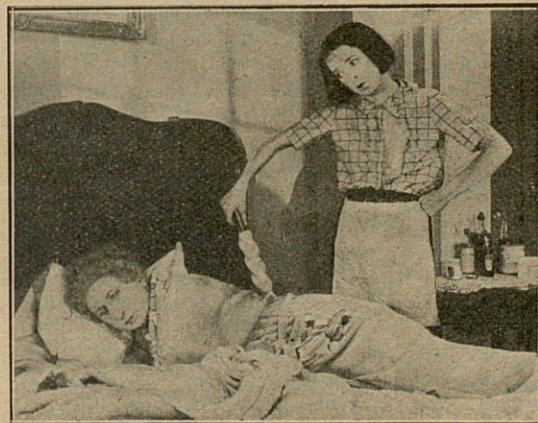
Ambulina, la mayor de las hijas, era escritora. Mujer de unos cuarenta años, había visto deslizarse su juventud sin la compañía del amor. Acababa de publicar un libro de costumbres españolas titulado "La Maja de Sabadell". Como se puede ver, conocía bien el paño...

La menor, que ya había pasado los treinta, se llamaba Apolonia, pero se hacía llamar Pola, por ser este nombre mucho más fotogénico.

Y las tres coincidían en explotar a la pobrecita

Elsa, bonita muchacha que apenas había cumplido los veinte años y que se veía obligada a realizar las tareas más penosas de la casa.

A primera hora de la mañana, la llamaban las tres mujeres para que las sirviera el almuerzo en la



La señora Cinders se hacía dar, además, masaje ..

cama. La señora Cinders se hacía dar, además, masaje en la espalda. Los médicos le habían recomendado aquellas fricciones para aliviarla del dolor reumático y era Elsa la encargada de realizar la tarea.

A cambio de tanto sacrificio, del constante trabajo para atender todas las innumerables necesidades de un hogar de la clase media, Elsa encontraba únicamente frialdad, respuestas ásperas y duras, una ab-

soluta indiferencia para cuantas cosas se referían a ella. Nadie la quería en la familia; era algo insignificante, que se toleraba a la fuerza, como una sirvienta vulgar.

Elsa, era como la eterna Cenicienta del cuento. No asistía nunca a paseos ni bailes; encerrada entre las cuatro paredes de su casa, condenada a las tristes faenas domésticas sin tener nunca la expansión necesaria que tonifica el espíritu.

Pero no todo era dolor para Elsa. La humilde criatura tenía en Waite Lifter, el joven repartidor del hielo, un amigo a toda prueba.

Distinguido y fino, no parecía pertenecer a ese gremio que hace de la frescura un negocio. Mostrábase siempre correcto como un "gentleman".

Todas las mañanas, al traer Lifter el hielo, conversaba con Elsa. Los dos se sentían mutuamente atraídos con una amable simpatía que llegaba a bellas confidencias.

Cierto día, la señora Cinders sorprendió a Elsa en conversación con el dependiente.

—¡Eres una vaga y una inútil! — le gritó —. No en balde eres la hija de tu padre, un cero a la izquierda que no sirvió para nada en toda su vida...

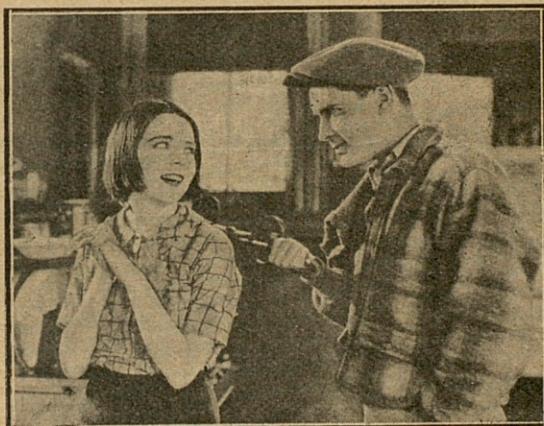
—Mi papá fué demasiado bueno para usted — protestó Elsa.

—No me repliques, niña. Parece mentira que después de que no sirves para nada, te atrevas aún a protestar.

La madrastra abandonó la habitación lanzando al dependiente una mirada venenosa. ¿Por qué no se marchaba cuanto antes? ¿Por qué hacía perder tiempo a la doncella? Ella acabaría esto de una vez.

Cuando los dos jóvenes quedaron solos, Lifter, que no había querido intervenir en la discusión, dijo:

—¡Me revuelve la sangre ver cómo te tratan en esta casa!



La humilde criatura tenía en Waite Lifter un amigo a toda prueba.

—¡Todo lo puedo soportar — protestó ella—; todo menos que hablen mal de mi pobre papaíto!...

—Elsa, esta situación no puede durar... Tú debes aspirar a librarte de esta esclavitud. No mereces este trato.

Elsa calló con un noble pudor que le impedía seguir protestando contra las mujeres de su familia. Y temiendo que volviese la señora Cinders empleando

argumentos muchos más convincentes, la pobre Cenicienta se despidió de su amigo hasta el día siguiente.

Los ratos que pasaba hablando con él, eran las únicas distracciones de su vida, siempre igual, de bestia de trabajo.

Todos los jueves había reunión en casa de la viuda Cinders. Jugaban a cartas. Se hacían trampas unas a otras. Y las ágiles lenguas se movían a cien murmuraciones por minuto...

Otras mujeres de espíritu tan venenoso como las Cinders, manejaban la tijera con la habilidad de la experiencia. Ambulina y Pola se lucían con su conversación punzante y acerada que criticaba todo lo humano y lo divino. Nada quedaba a salvo en sus bocas mordaces.

De aquellas reuniones era, naturalmente, excluida Elsa, encerrada en la cocina o en su alcoba. Si alguna vez se atrevía a penetrar en la sala, una mirada severa de la madrastra la obligaba a retroceder.

Pola y sus amigas comentaban un prospecto que les habían enviado:

¿Es usted fotogénica?

Los Films "Gem" le ofrecen viaje y gastos pagados a Hollywood y la ocasión de ser estrella de cine.

Envíe su fotografía al alcalde de Roseville y asista en persona al baile-certamen de belleza que tendrá lugar el día primero de Abril en la sala de fiestas del Ayuntamiento.

Los comerciantes de la localidad darán a la ganadora del certamen, valiosos premios.

Entrada: cinco dólares.

Las muchachas proclamaron a Pola como a la indiscutible elegida para el triunfo.

—¿Quién mejor que tú puede representarnos en Hollywood? Tú que eres tan aficionada al cine, puedes obtener ahora tu consagración.

La aludida sonrió, satisfecha.

—Sí, amigas mías, me presentaré. Precisamente estoy ya estudiando este libro:

Cómo llegar a ser estrella de cine. Consejos y revelaciones de las estrellas y directores de cine más notables de Hollywood.

Elsa había entrado furtivamente en el gabinete y escuchaba, embobada, aquél seductor concurso. También ella, en el silencio de su vida monótona, había soñado con ser artista de cine, con lograr escalar un puesto en el cielo claro de las vencedoras.

Pola la miró duramente.

—¿Qué buscas aquí? Haz el favor de ir a tu obligación...

Y la Cenicienta, que sabía que era inútil replicar, se alejó del salón mientras las otras muchachas la miraban con la indiferencia con que se ve pasar un ser de menos categoría.

Por la noche, cuando todo el mundo dormía en la casa, Elsa se levantó y fué de puntillas al salón a coger el prospecto y el libro que enseñaba el arte de ser estrella.

Elsa abrigaba en su corazón el secreto anhelo de su triunfo. Y volviendo a su cuarto, comenzó a leer, ilusionada, aquél importante tomo.

Cómo llegar a ser estrella.

Ojos.

Con los ojos, la futura estrella, debe expresar la gama de los sentimientos humanos y sus matices más sutiles.

Las páginas que siguen contienen los ejercicios a que deben ser sometidos los ojos.



—¿Qué buscas aquí?

Elsa hojeó, satisfecha, el libro en el que había fotografiados rostros de expresivas miradas. Miradas de coquetería, miradas de amor, miradas bizcas...

La muchacha probó de imitar aquel lenguaje silencioso, pero magníficamente claro, de la perfección...

Siguió leyendo, cada vez más animada en vencer.

El estrabismo puede, en ciertas ocasiones, hacer la fama y la fortuna del actor o actriz que sepa simularlo a la perfección.

Elsa procuró practicar aquel defecto de los ojos que tal vez pudiera conducirla al éxito. Al poco rato imitaba perfectamente esta mirada como antes lo había hecho con las de coquetería y amor.

La muchacha pensó tomar parte en el concurso. Silenciosamente, mandaría su retrato sin que su familia se enterase, segura de que ésta se lo impediría de conocer su intento.

La fotografía costaba tres dólares. Y Elsa, durante tres noches consecutivas, trató de divertir a los niños de los vecinos, a dólar por noche.

Causó la risa con su gracia innata, natural, al auditorio, provocando el entusiasmo de los chicuelos con su mimética expresiva y amable.

Los pequeñuelos se divertían de lo lindo ante la risueña chiquilla y sus padres no regatearon el pago de los tres dólares convenidos.

Ya en su poder aquellas monedas de plata, sin que nadie, a excepción de Lifter, se hubiese enterado de su propósito, se dirigió a un fotógrafo.

Se puso sus mejores trapitos, envolviéndose el cabello con una gasa blanca, y adoptando una postura verdaderamente pueblerina, se colocó ante el objetivo.

El fotógrafo, que era un artista mediocre, se dispuso a retratar a la pequeña chiquilla.

—Mire usted ahí, donde tengo este pajarito —dijo.

Y puso sobre la máquina una pequeña ave que tenía en la mano.

—Quieta, no se mueva usted...

—Que quede bien, señor — suplicó Elsa —. Es para ser artista de cine...

—Sí... sí... un momento...

Una mosca inoportuna se colocó sobre la nariz de Elsa y ésta, nerviosa, con la mano, la ahuyentó.

—¡Señorita, hágame el obsequio de no moverse!

—¡Ay, usted dispense!

Elsa volvió a ponerse en la posición de coquetería que adoptara desde un principio, pero otra vez la pertinaz mosca cabalgaba sobre su nariz. Le cosquilleaba el apéndice nasal de modo irresistible, mas por temor a que el fotógrafo se enfadara, Elsa no quiso moverse... Pero hizo una extraña mueca y torció los ojos queriendo adivinar el camino que seguía el ingrato insecto.

El retratista iba perdiendo la paciencia. Al verla hacer guiños y muecas extrañas, pensó que aquella criatura no se estaría nunca quieta, y, perdiendo la paciencia, retrató a Elsa en el momento en que ella torcía la mirada para ver la antipática mosca.

—Ya está...

—¿Habré quedado bien?...

—Probablemente, sí...

—Si usted quisiera hacerme el favor de mandarla directamente a los jueces antes del Concurso, se lo agradecería de veras...

—No pase usted cuidado, señorita; así lo haré...

Y Elsa abandonó alegramente el taller, creyéndose ya en vísperas de la gloria.



Llegó la noche del certamen. Y todos los castillos aéreos de Elsa se derrumbaron al suelo.

—¿Me dejas ir con vosotras, mamá? — preguntó tímidamente la jovencita al ver dispuestas a salir a las dos hermanas y a la madre —. Puedo llevar uno de vuestros vestidos viejos.

La madre la miró de pies a cabeza, sorprendida por la pregunta.

—¿Te has vuelto loca? ¡Con todo el planchado que hay por hacer! Además, en el Certamen, harías un triste papel... ¿no lo comprendes? Pola es distinta; ella llegará a obtener un premio. Tú, no...

Y la severa señora Cinders salió, poco después, acompañada de sus dos hijas, dejando a Elsa en el mayor desconcierto.

Y la Cenicienta, abandonada como la de la leyenda de oro, comenzó a llorar, afligida por su situación.

Poco después, llegaba Waite Lifter, el dependiente del hielo que acudía a enterarse de la hora en que Elsa iría al baile.

—Pero, ¿qué tienes? ¿por qué lloras? — le preguntó con gran interés.

—¡No han querido dejarme ir al baile!

—Lo sospechaba... Tienes una familia de demonios. Pero no te apures, Elsa. Yo, si quieres, te llevaré a él.

—¡De buena gana iría! Pero no puede ser. No tengo nada que ponerme...

—Bah! Eso se arregla muy fácilmente. Ponte uno de sus vestidos.

—No, Lifter — dijo tristemente—. He perdido las esperanzas de ganar en el concurso. Además, ¿tú crees que yo podría merecer algún premio?

—¿Por qué no? Más bonita que tú no hay mujer en Roseville ni en el resto del mundo — le respondió con alegría—. Ganarás o no hay justicia en la tierra. Anda, vistete pronto, que te espero.

Elsa fué a la habitación de sus hermanas y se visió un traje de Pola. Le era excesivamente largo pero la muchacha, con una gracia que pudiera envidiar una buena modista, recogió la falda por medio de un cinturón y convirtió el feo vestido de Apolonia en un trajecito verdaderamente encantador.

—Estás hecha una hermosura, Elsa — le dijo el joven—. Me siento orgulloso de ir contigo.

Salieron los dos en dirección al Ayuntamiento.

En el salón principal del Municipio, estaban reunidos los organizadores del concurso, presididos por el alcalde y el jefe de bomberos de Roseville que eran la nota oficial y decorativa.

El jurado tenía ya las fotografías de todas las concursantes. Pero quería verlas en persona. Y las muchachas se alinearon ante la mesa presidencial, esperando todas lograr el premio ofrecido.

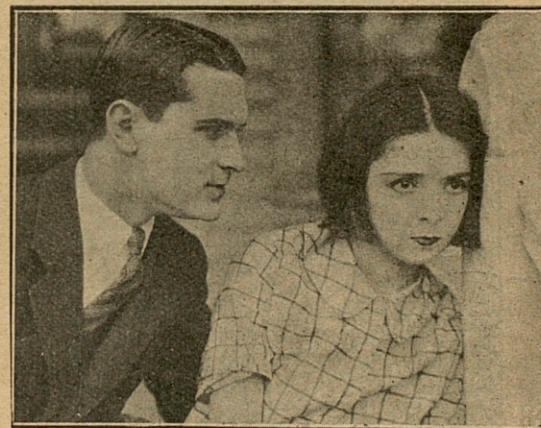
Pola se había colocado ya en hilera y sonreía orgullosamente pensando que nadie se atrevería a quitarle la supremacía de la belleza. ¡Estaba segura de ganar!

Elsa llegó con su amigo Lifter. Al ver la cola de las muchachas que aguardaban para ser presentadas, la joven frunció el ceño con mal humor.

—Vamos a pasarnos aquí la noche... Y no quisiera que en casa me viesen... — dijo.

—Verás qué pronto logras el turno.

Lifter pidió permiso para pasar por entre la hilera de muchachas. Elsa se colocó detrás de él y luego



—Más bonita que tú no hay mujer en Roseville.

quedó en la misma fila como si ya formara parte de las que aguardaban.

La combinación no fué vista por ninguna de las otras muchachas, todas preocupadas con el premio del concurso.

Pola, que no había visto a su hermana, llegó hasta la Presidencia para identificar su personalidad con la fotografía que había remitido unos días antes.

Miró arrogante a los miembros del Tribunal, y les dijo:

—¡Oh, sí, soy yo... Pola... Pola!

—Perfectamente... ya se la avisará en todo caso...



...y se vistió un traje de Pola.

Y como su belleza dejaba mucho que desear, ninguno de los individuos del Jurado creyó oportuno tenerla en cuenta.

Pasaron otras muchachas y le tocó el turno a la humilde Cenicienta.

Pola, su madre y su hermana, comentaban, en un ángulo de la sala, el probable resultado del concurso.

El alcalde preguntó a Elsa:

—Usted se llama...

—Elsa Cinders — dijo la joven —. Envié ya el retrato...

—Veamos...

Registraron el montón de fotografías que tenían en la mesa y entresacaron la de la joven. El señor alcalde miró el retrato y lanzó una gran carcajada. ¡Admirable, magnífico! Lo entregó al jefe de bomberos que tuvo que sentarse porque se desternillaba de risa. Más tarde otros miembros del Tribunal examinaron la fotografía e inmediatamente cambiaron la expresión seria de sus rostros por una gran hilaridad.

—¡Es gracioso... soberanamente gracioso!

El retrato era una verdadera caricatura. Elsa aparecía con la mirada bizca reflejada en la nariz, sobre la que se hallaba la mancha negra de una mosca. Tenía el aspecto grotesco de los cómicos más cómicos del cine.

Elsa y Lifter miraban extrañados, sin comprender, el ataque de risa del Tribunal.

Iban a preguntar lo que ocurría cuando la señora Cinders y sus hijas descubrieron horrorizadas que Elsa se encontraba allí. María Santísima, ¿cómo podía ser aquello?

Pola corrió hacia su hermanastra con un furor que hacía llamear sus ojos.

—¿Tú, tú te has escapado de casa?... ¿Y con mi vestido?

Le arrancó de un manotazo uno de los adornos del traje y sintió tentaciones de pegar a la desaprensiva.

—¡Ah, hipócrita!...

Quiso alzar una mano pero Elsa, temerosa de que su hermana diera allí mismo un doloroso espectáculo, huyó velozmente y en su fuga perdió uno de sus zapatos.

Lifter corrió tras ella con el ánimo de detenerla, pero la joven había ya desaparecido. El dependiente se guardó entonces el zapato.

¡Ay la pobre niña! ¡Víctima eterna de los odios de aquellas arpías!

El joven lanzó una mirada de desprecio a la señora Cinders y a sus hijas que comentaban en unión de otras chismosas, la inconcebible audacia de la pequeña.

La historia de la Cenicienta parecía repetirse. También Elsa había perdido su zapato y Waite Lifter, el profesional de la frescura a domicilio, como el príncipe de la leyenda, lo había recogido, pensativo y amoroso...

El Tribunal no dió su fallo aquella misma noche. Comunicó a las lindas concursantes que hasta al siguiente día no se conocería el nombre de la agraciada.

Elsa había regresado a su casa, llena de pánico, pensando en las dolorosas consecuencias de su escapatoria. La Cenicienta había pasado horas muy amargas en su vida. Pero como aquellas, ninguna.

Se encerró en su cuarto, dispuesta a no ver a nadie. Y al día siguiente, a primera hora, cuando todos dormían aún, ella huyó de su hogar, decidida a comenzar una nueva vida, bajo nuevo techo.

No quería permanecer más junto a aquella familia que la explotaba. Presentía, además, que en lo sucesivo el rigor con que la tratarían sería implacable, escarmientos por su escapatoria.

Pasó la mañana por la calle pensando en lo que debía hacer. Quería colocarse, buscar un empleo, el más humilde, para poder librarse de su madrastra.

Fué a la agencia de colocaciones Tucker, la más importante de la población.

El encargado le dijo mirándola de pies a cabeza:

—No podía llegar usted con más oportunidad. Voy a colocarla en casa de la señora más simpática y bondadosa del pueblo. Venga usted.

Y la hizo entrar en la sala contigua donde aguardaba una mujer... ¡la señora Cinders!

Al verla, Elsa retrocedió horrorizada. Y la señora Cinders, que había ido a la Agencia para buscar una doncella que sustituyera a la hija desaparecida, al encontrarse frente a frente con la joven se lanzó sobre ella con un ademán furioso.

—¡Tú aquí? ¡Tú solicitando un empleo? ¡Ahora verás, insolente desvergonzada, lo que es bueno!

Y cogiéndola brutalmente la obligó a seguirla, a pesar de las protestas de Elsa que se resistía a partir.

La chiquilla lloraba por el camino protestando contra la tiranía.

Frente a su casa, encontraron a Lifter que iba como de costumbre a llevar el hielo a la señora Cinders.

El joven se acercó a Elsa. Pero la madrastra le apartó, enfurecida, obligando a la muchacha a que entrara en la casa.

—¡Usted fué el que puso en su cabeza pensamientos de rebeldía! ¡Usted ha sido la causa de todo, fresco y desaprensivo joven! — gritó la señora Cinders al dependiente.

Iba a contestar algo Lifter a la vieja egoísta cuan-

do un grupo de gente que se aglomeraba ante el hogar de los Cinders le llamó la atención.

Unos músicos rompieron a tocar una alegre marcha mientras el alcalde de Roseville se dirigía acompañado del jefe de bomberos y otros personajes al encuentro de la señora Cinders.

—Su hija, señora Cinders, ha ganado el concurso...

—¡Ella! ¡Qué ilusión!... ¡Lo sospechaba! Pero pasen ustedes...

Les hizo entrar en la casa, palmoteando de júbilo. Lifter entró también...

—¡Pola! ¡Pola! — comenzó a gritar llena de entusiasmo, la antipática mamá.

Apareció Pola, y su madre le dijo:

—Has ganado el premio, hija mía. El señor alcalde viene a comunicártelo...

—¿Yo? ¡Oh, mamá, que contenta estoy! ¡Qué buenos son todos ustedes!

Avanzó hacia el alcalde y el Jurado, adoptando posturas de coquetería como si se encontrara ya posando ante el film.

Pero el alcalde, muy severo, le dijo:

—No es usted la elegida, señorita... Aquí hay alguna confusión.

Una palidez mortal cubrió los rostros de la señora Cinders, de Pola y de Ambulina que había aparecido poco antes.

—No puede ser más que ella — explicó la madre sonriente—; Ambulina no tomaba parte en el Concurso...

—Señora, la muchacha premiada no es esta...

—Pero si yo no tengo otra hija! — contestó fríamente la señora Cinders.

Lifter adivinó la verdad y abriendo la puerta del salón comenzó a gritar:

—¡Elsa... Elsa!

Elsa, que escuchaba detrás de la puerta cayó al suelo al ser ésta empujada por Lifter.

Roja de vergüenza, quiso huir, pero el señor alcalde se adelantó hacia ella.

—Señorita, tengo el honor de manifestarle que ha sido usted premiada en el Concurso celebrado anoche...

La señora Cinders y sus hijas avanzaron unos pasos con los ojos desorbitados de odio. ¿Era posible aquél absurdo?

Lifter no cabía en sí de contento. Sus augurios se realizaban. Y Elsa, sin poder dar crédito a lo que oía, contestó risueñamente:

—¡Oiga, oiga! ¡Un momento! ¿Es que me están ustedes tomando el pelo?

—¡Nada de esto, señorita! Adjunto encontrará el premio en metálico y un pasaje en primera clase para Hollywood.

Lé entregó los documentos y Elsa los estrechó contra su corazón soñando en la grandeza de ser artista de cine.

—¡Ay, ustedes dispensen! — dijo —. ¡Pero si viéran los feliz que soy!

La señora Cinders se moría de odio. Llamó aparte al jefe de los bomberos y le preguntó:

—¿Es cierto lo que veo, o soy juguete de una pesadilla?

—No, señora. Su hija tiene bien merecido el triunfo. Vea usted su retrato... dígame si hay otra mujer más graciosa...

La madrastra vió la fotografía y quedó horroriza-

da. El retrato era grotesco. ¡Elsa, bizca, con una mosca sobre la nariz!...

—¿Ese esperpento ha ganado el premio? — preguntó—. Y ¿han preferido ustedes esto a mi Pola, a su hermosura delicada?

—La belleza es efímera, señora. Lo que necesita el cine son caras nuevas, caras graciosas que hagan reir a las masas.

—Son ustedes una partida de tunantes y de embauadores — rugió la dama.

—Y yo le diría, señora — respondió enfurecido el jefe de bomberos —, que es usted un viejo loro... si no fuera porque no quiero insultar a esos pájaros.

—¡Mírenme a este viejo carcamal que tiene ya los pies en la tumba!

Y abandonó la habitación con sus hijas, no queriendo permanecer un momento más al lado de aquella gente ordinaria.

Elsa quiso ver el retrato que había sido premiado.

—¡Oh, es una preciosidad! — le dijo el alcalde. Se lo entregó.

A su vista palideció la pobre criatura. ¿Qué habían hecho? Miró sus ojos bizcos, la pupila extraviada sobre la nariz en que se destacaba una mosca... ¡Una figura ridícula y extravagante! ¡Y había ganado el premio! Cuando ella pensaba vencer por las gracias de su persona, se encontraba con aquella caricatura grotesca. ¡Ah, el antipático fotógrafo! ¡Cómo la había engañado!

—Se han estado burlando de mí todo el tiempo — dijo en voz baja a su amigo, el dependiente.

Lifter vió el retrato y se echó a reír...

—¡Oh, no lo creas, amiguita! No todo el mundo puede hacer reir a la gente, Elsa. Es una gran cosa,

un don magnífico que no todos poseen... Tal vez este retrato te abrirá las puertas de la gloria.

El alcalde y sus acompañantes salieron de la casa después de estrechar la mano de la futura estrella de Roseville.

Lifter se despidió de su amiguita, un poco melancólico por la próxima separación, pero contento de verla camino del triunfo.

Elsa se fué serenando poco a poco... ¡Afuera tristes pensamientos! Lo bello era saber que había ganado el premio y qué allá dentro en sus habitaciones, la señora Cinders y sus dos hijas bebían el ácido de la derrota.

**

Al día siguiente, generosamente equipada por los comerciantes de Roseville, Elsa vió llegado el momento de partir a la tierra de promisión donde se hacen las estrellas.

Su madrastra hubiera querido oponerse a aquel viaje de la Cenicienta, pero temió la indignación popular... ¡Que partiese, que no volviera nunca, la pér-fida!

Lo más selecto del pueblo se había dado cita en la estación para despedir dignamente a la que iba a inscribir el nombre de Roseville en el Libro de Oro de la Cinematografía.

Lifter la acompañó en su carro de transporte de hielo, a la estación. Iban con lentitud, hablando de su futuro...

—¡Si las cosas no marchan derechamente, ya lo sabes... en un salto me planto en Hollywood! — le dijo él.

—¡Oh, Lifter, tú has sido mi único amigo... y no te olvidaré jamás!

—¡Elsa!

La miró suavemente como si quisiera declararle un secreto de su corazón.

Y acercándose los labios le dió un suave beso revelándole el misterio de su amor.

—¿De veras no me olvidarás... Elsa? ¡Yo tequiero tanto!

—No... Aunque fuese la artista más célebre, me acordaré siempre de ti... te lo prometo. ¡Y volveré!

El tren había llegado ya a la estación y esperaba resoplando.

Elsa corrió a subir al convoy, temerosa de que se le escapase, pero antes tuvo que aguantar un importante discurso escrito por el alcalde:

—Dignos ciudadanos de Roseville: Nos hemos congregado aquí en honor de la señorita Elsa Cinders, la cual ha tenido la fortuna de ganar el premio en el Certamen de Belleza... La señorita Cinders sólo ha conocido el lado risueño y poético de la vida, rodeada de los suyos...

La máquina pitaba y el tren comenzaba a adquirir movimiento. Elsa subió precipitadamente a un coche saludando con la mano a todo el pueblo que la aclamaba entusiasmado.

Y el tren salió de la estación pero el señor alcalde continuó aún su largo discurso, hasta terminarlo, a presencia de todos los vecinos.

Elsa dió el último adiós a Roseville prometiéndose

volver ya vencedora... Algo quedaba allí que la enternecía. ¡Era Lifter!...

Al segundo día de viaje, después de pasar el tren por seis o siete estados, llegó al de Nuevo-Méjico, cuya capital, Alburquerque, es aún refugio de numerosos pieles-rojas.

Elsa dormía; se había rendido a la fatiga. Su coche fué invadido por auténticos indios que con sus vistosos trajes iban a Hollywood a colaborar en una película. En el asiento frontero al de Elsa se aposentó un piel-roja, comenzando a fumar un apesado cigarrillo.

Ante ella tomaron asiento dos mujeres indias que chuparon igualmente soberbios puros.

Elsa despertó, con una angustia de malestar producida por el fuerte tabaco. Al ver ante ella a los indios, su angustia fué extraordinaria. ¿Se habría equivocado de tren?

El piel roja le ofreció un cigarro que ella rechazó; pero insistiendo el donante, vióse obligada a tomarlo, palideciendo al fumar aquel fuerte tabaco.

Mareada se levantó para salir a la plataforma buscando un poco de aire que despejara su cabeza cansada.

¿Dónde estaba? — preguntó al jefe del tren que la tranquilizó sonriente. — ¡Oh, no tardarán en llegar a Hollywood!

Y en efecto, poco después arribaban a Hollywood, el emporio fantástico de la cinematografía.

Tras ella bajaron los pieles rojas a quienes recibió un numeroso grupo de personas, algunas de las cuales llevaban máquinas cinematográficas.

Elsa ya no tuvo duda de que aquel gentío era para honrarla a ella. Se acercó a uno de los caballeros

que estaba hablando con un jefe piel-roja de la próxima película que iban a impresionar.

—Señor, soy Elsa Cinders, Premio de Belleza de Roseville — le dijo.

El otro, que era el director de un importante *estudio*, la miró de pies a cabeza, y se echó a reír:



¿Se habrá equivocado de tren?

—Está bien, joven. Respetaré su incógnito.

—Ay, usted dispense! — dijo ella, sorprendida, al ver que el otro le volvía desdeñosamente la espalda.

Los operadores tomaban una película de la llegada de los pieles-rojas, y Elsa se acercó a ellos para salir también en la cinta. Pero una enérgica mirada de uno de los directores la obligó a retirarse.

¡Ah, aquella gente no la conocía! Serían de otra casa editora de películas. Lo mejor era ir directamente a la que había realizado el concurso...

Y resuelta a seguir el camino de la fama, sin reparar en gastos, Elsa tomó un taxi y se hizo conducir al estudio de la casa Gem.

Pero cuando llegó encontró ante la verja un cartel con esta indicación:

La Compañía de los Films "Gem", se encuentra trabajando en Egipto.

Elsa quedó sorprendida. ¡Adiós ilusiones! ¿Y para esto había venido a Hollywood? Y viendo a un viejo que rondaba solitario por el patio, le dijo:

—Yo soy Elsa Cinders, el Premio de Belleza de Roseville y vengo para trabajar en el cine.

El otro la miró con melancolía:

—¡Pobre muchacha! Ese Certamen fué un *bluff*, un engaño, una propaganda... El mejor consejo que puedo darle, señorita, es que se vuelva inmediatamente al pueblo.

Elsa irguió la cabeza.

—¡Todo... todo menos eso! — dijo —. El pueblo entero se moriría de risa...

Y más que el pueblo lo que le interesaba era no volver nunca allá por no encontrarse otra vez con la repugnante madrastra.

Pero una desilusión íntima se alzaba en su corazón... Todo había sido, pues, mentira, propaganda, la compañía de películas estaba muy lejos... Y Elsa se encontraba sola en esta ciudad de vías rectas donde a nadie conocía y donde tal vez sufriera los alfilerazos del hambre.

Mas, ¿quién sabe? ¿No había ganado el concurso?

Otra casa de películas podría colocarla indiscutiblemente. Ella tenía buenas dotes de actriz.

Marchó a hospedarse en una pequeña pensión donde había vitalicias aspirantes a la gloria.

Pasaron los días. Y como el trabajo no venía y era en todas partes rechazada, el estómago de la pobre Elsa comenzó a convertirse en una víscera de lujo.

Cierta mañana fué a uno de los principales estudios. Acercóse a un policía que se encontraba junto a la puerta y le dijo:

—Soy Elsa Cinders, el Premio de Belleza de Roseville...

El guardia creyó que se hallaba ante una loca y le dijo en tono zumbón:

—Y yo soy el hombre más guapo del mundo...

—Pues, oiga, preciosidad... le ruego que me permita pasar...

—¡Ah, de ninguna manera!

Y la rechazó bruscamente hacia la calle. Pero Elsa no perdía las esperanzas. Vió pasar tres muchachas que entraban en el estudio y colocándose a su lado quiso dirigirse al interior. Pero el guardia, que había visto la maniobra, la obligó a salir de nuevo.

Elsa comprendía que, mientras no llegase a hablar con los directores de películas, su porvenir no estaba asegurado. ¡Pero cuándo conociesen su arte!

La humilde criatura vió en un *qc*hechito unos bustos de cera, y colocándose uno sobre la cabeza y envolviéndose después en un manto que estaba en el carroaje, entró en el patio del estudio sin que el guardia reconociese a aquella mujer de gigantesca estatura.

Un perro persiguió a Elsa. La muchacha apretó el paso y al correr perdió la manta y quedó al descubierto el busto de cera sobre la cabeza.

El policía, indignado por la combinación, corrió en persecución de la aspirante. ¡Oh, esas mujeres que tienen la manía de ser estrellas!

Elsa le llevaba gran ventaja al guardia. Llegó a las oficinas del estudio y entró sin permiso en el despacho de la Gerencia.

El director se encontraba hablando con otro jefe. Interrumpió la conversación al ver entrar bruscamente a la pueblerina.

—Soy Elsa Cinders — dijo la joven con humildad —. Premio de Belleza de Roseville. Y quisiera ser artista de cine...

El director, sin comprender, dijo:

—Si es un acertijo paso. ¿Cuál es la solución?

El policía entró en el despacho, pues le tenían encargado no dejase pasar a ninguna solicitante a la gloria.

Elsa, al verle, lanzó un grito y salió por otra puerta, perseguida de cerca por el guardia que juzgaba herido su amor propio por la escapatoria.

La joven en su tribulación comenzó a correr por el estudio, metiéndose alborotada en un pequeño patio donde dormitaba tranquilamente un león.

La fiera al ver que importunaban su sueño se desperezó, abrió unas fauces enormes, y quiso lanzarse contra Elsa. Pero ella, dejando la puerta abierta, turbada por atroz miedo, continuó su fuga.

En su huída había llegado a una habitación donde se estaba impresionando una película que representaba un incendio y en la que una madre debía salvar a su pequeño hijo...

Los operadores, en un ángulo de la sala, filmaban la cinta.

—¿Está ya lista la muchacha que ha de salir ahorra? — preguntó uno de los directores.

—Sí, señor — respondió un encargado—. Voy a buscarla al momento.

En aquel instante entró en la habitación incendiada por las llamas, Elsa Cinders.

El humo y el fuego impedían ver claramente las facciones de la joven. El director, tomando a Elsa por la artista que debía representar el papel, comenzó a animarla con sus gritos. ¡Así, así, con emoción! A representar con toda propiedad la tragedia...

Pero Elsa, horrorizada por el fuego y la persecución del león, sin comprender lo que ocurría, comenzó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Por favor!... ¡Un león!

—¡No, no... no es el león, es el niño que se está quemando, lo que tiene usted que salvar!...

Elsa, sin comprender, respondió:

—¡Ay, usted dispense... pero es un león! ¡Un león!

Y miró por una ventana tras la que el león buscaba el momento de saltar.

—¡Ay, es un león, un león!

El director, gritó furioso:

—¡No! ¡No! ¡Y mil veces no! Es su nene, ¿comprende usted? Su nene que se está achicharrando. Vaya usted a buscarlo. Está ahí en la cuna... Vaya usted... Sí, sí con esta misma trágica expresión...

El policía había llegado a la estancia cercana, encerrando de nuevo al león en su patio, y volviendo luego para detener a Elsa que seguía dando gritos de espanto sin comprender qué significaba todo aquello.

Entró el guardia. Tuvo que interrumpirse la impresión de la película. El policía pretendía llevarse a la joven:

—¡Se ha pasado todo el día tratando de escabullirse dentro del estudio! — gritó.

Acercóse el director y vió entonces que aquella muchacha no era de la casa, ni había representado allí nunca. Sin embargo, con qué fuerza de realidad había interpretado aquel papel en sustitución de la escogida para representarlo y que no había llegado aún.

Elsa suplicó con un ademán bondadoso:

—¿No está ya el león? ¿Lo han encerrado?

—No tenga usted miedo — le gritó el policía — y sígame a la calle.

—¡Oh, no... yo quiero ser artista!... Me llamo Elsa Cinders, obtuve el Premio de Belleza de Roseville... quisiera trabajar en películas...

El director miró a esa pobre muchacha de aspecto humilde, y dijo bondadosamente :

—En fin, ya que usted empezó sin darse cuenta esta película, quiero que la continúe... Veremos si realmente son bellos sus dotes de artista.

Elsa saltó de júbilo, asombrada de que hubiese filmado ya ante el cine. ¡Maravillosa casualidad! Llegó entonces la muchacha a quien ella había sustituido, pero la plaza estaba comprometida. Aquella película la continuaría haciendo Elsa Cinders que había dado tal expresión de vida y realidad al temor...

**

Pasaron dos días. Elsa había realizado algunas escenas ante el aparato. Llena de ilusión se propuso

comunicar su primer éxito a Lifter. ¡Oh, la gloria, comenzaba a sentirla junto a él!

Pero tras la personalidad humilde de Lifter se oculaba algo muy distinto.

Cierto día, en una sala de una mansión lujosísima, hablaban un caballero anciano y Lifter.

El primero leía con indignación un periódico:

Un repartidor de hielo hijo de un millonario.

El hombre que repartía hielo en Roseville es un futbolista famoso y rico.

"Waite Lifter", empleado en la Fábrica de Hielo La Unión, es George Waite, famoso zaguero del equipo de futbol de la Universidad de Illinois e hijo de un ricachón de Detroit.

Waite ha declarado que se empleó en la idea de entrenarse para los próximos partidos. Y que luego perseveró por un motivo puramente sentimental.

—Papá — dijo Waite, el antiguo dependiente, enamorado de Elsa —, mañana salgo para Hollywood.

El padre puso el grito en el cielo.

—Primero me desacreditas haciéndote repartidor de hielo. Y ahora, para completar el cuadro, te enamoras de una muchacha cualquiera. ¡Parece mentira! Sin duda esa joven habrá leído el artículo en los periódicos y estará ya haciendo cálculos sobre mi dinero...

—Poco la conoces, papá... Pero de todas formas, me voy a Hollywood. Ella me quiso siendo un humilde dependiente, sin que nunca sospechara la verdad. Ahora voy a casarme con ella.

Y aquella misma noche partió para Hollywood.

Elsa había filmado de nuevo algunas escenas de la película, de modo perfecto y magnífico.

El director, satisfecho de su actuación, le dijo:

—¡Es usted una actriz de cuerpo entero, señorita Cinders! Hemos decidido darla un contrato largo en nuestra compañía.

Al día siguiente comenzó a filmarse otra película. El asunto debía desarrollarse en la vía férrea.

La heroína era una pobre Cenicienta ferroviaria, la cual sufría y penaba hasta la llegada del inevitable príncipe millonario, cuyo príncipe finalmente la retiraba de la vía.

Aquella mañana, Elsa, vestida pobemente, "posaba" ante la película. Figuraba ser una humilde criada que limpiaba el pavimento de la estación. Daba a todos sus movimientos una expresión bellamente trágica...

Los operadores maniobraban y el director con su bocina daba los avisos convenientes.

De pronto llegó un tren a la estación, descendiendo de él George Waite.

La película tuvo que suspenderse hasta que el convoy hubiese partido. Elsa quedó mirando a los viajeros, en espera de proseguir la filmación.

El joven millonario, el antiguo dependiente, reconoció de pronto a Elsa a través de sus pobres y miserables vestidos.

—¿Tú aquí, Elsa?... ¿Y en este estado?

La muchacha, sin poder articular palabra por la emoción de ver a su buen amigo, quedó mirándole, asombrada de que hubiera ido a Hollywood.

Y él, viendo su traje modesto, continuó con terror:

—¡Y yo que pensaba hallarte vencedora! ¿Por qué no me dijiste que te encontrabas en la miseria?

Ella iba a contestar, a explicárselo todo, cuando el tren prosiguió su marcha. Y Whaite, con repentina inspiración, no queriendo que continuase en Hollywood una muchacha que según él pensaba sólo ha-

bía recibido tristezas, cogió en brazos a Elsa, y subió al último vagón, dejando atónitos a los operadores de la cinta, que creían en un rapto.

Elsa quiso huir, gritar:

—Pero, ¿qué estás haciendo?... Estoy representando un papel... en una película... el papel principal... por esto voy así tan mal vestida...

—¿Tú?... ¿Artista? ¿Pero, vestida de este modo? ¡Ah, ahora ya no es posible bajar! ¡Que busquen a una nueva estrella para que les friegue el suelo!... Yo te amo, chiquilla, y vamos a ser felices... He venido a buscarte para decirte que no puedo vivir sin ti y revelarte al propio tiempo mi verdadera personalidad.

Y le explicó en pocas palabras quién era realmente.

—Ahora nos casaremos, haremos un viaje, y vendrás a vivir conmigo para siempre...

Y ella, sorprendida, asombrada del cuento de hadas que iba a vivir, se reclinó alegremente en sus brazos.

Dejaba el cine, tal vez la posibilidad de la gloria. Adiós, Hollywood. Pero, en cambio, tenía junto a ella al hombre que era toda su vida. ¡Un millonario!

Sí, ella quería a Waite y se casaría con él. Nunca más volverían a Roseville donde la familia Cinders estaba cada vez más pálida por la ira.

Y mientras el tren avanzaba, dejando lejos a Hollywood, la muchacha que apenas había saboreado el gusto de la gloria, besó al enamorado joven que en lo sucesivo sería para ella la más bella ilusión de su alma...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO: **ENFERMA DE AMOR**
por COLLEEN MOORE

